



Memoria Académica

compartimos lo que sabemos
UNLP-FaHCE

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5





UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
VII JORNADAS DE SOCIOLOGÍA
"Argentina en el escenario latinoamericano actual:
debates desde las ciencias sociales"
5, 6 y 7 de diciembre de 2012

Mesa 22: Desigualdades sociales, pobreza y exclusión social

La carga moral de la clase: prácticas de consumo y desprecio de género en una ciudad petrolera.

Natalia Barrionuevo¹ (IESyPPat-CONICET)

natalia.barrionuevo@conicet.gov.ar

Resumen

Esta ponencia presenta aspectos teóricos y metodológicos, a partir de las tensiones que las primeras incursiones en el trabajo de campo van mostrando, de una investigación en curso. La misma aborda las representaciones en torno a las diferencias de clase y las desigualdades de género en una ciudad petrolera de la Patagonia Argentina. El caso de interés es el de las mujeres de los trabajadores petroleros en Comodoro Rivadavia.

El artículo refiere a ciertos estudios de las moralidades como posible línea de abordaje del objeto, en la búsqueda de respuestas a la cuestión de cómo entender la legitimación de las desigualdades en un contexto particular. Reviste especial interés, en el marco de una perspectiva multidimensional, reparar en los aspectos morales de la experiencia de clase en torno a las prácticas de consumo, entendidas como forma de inclusión y diferenciación.

Los trabajadores petroleros "boca de pozo"², localmente entendidos como "nuevos ricos", perciben ingresos que se ubican muy por encima de los del resto de la población. Sin

¹ Lic. en Comunicación Social (UNPSJB). Doctoranda en Sociología (IDAES- UNSAM).

embargo, el elevado capital económico con que cuentan no se corresponde con su distinción simbólica. Los sectores medios impugnan su derecho “a ganar lo que ganan y a gastar como gastan”, pero entendiendo que esos hombres son víctimas de mujeres infieles y derrochadoras que buscan ser “mantenidas” junto a hijos de uniones previas. Buscamos entender esas explicaciones nativas en términos morales, en tanto configuraciones legítimas de valores.

Una primera aproximación a los argumentos morales como estrategia de abordaje del objeto

La investigación que actualmente desarrollamos como parte de la elaboración de nuestra tesis doctoral, se interesa por las formas de legitimación de las desigualdades sociales, poniendo el foco en la reconversión del desprecio de clase en desprecio de género en un contexto de desacople entre capital económico y capital cultural.

Desde una perspectiva multidimensional (Reygadas, 2004), la desigualdad se construye a través de categorías que vinculan la posición social con otros atributos. Una de las categorías que aparece con fuerza en las clasificaciones de género en Comodoro Rivadavia es la de mujeres de petroleros “boca de pozo”, con dos variantes: “las gordas” o “las petroleras”³; y ambas a su vez en correspondencia con el hombre petrolero, estereotipo del “macho comodorense”.

Estas mujeres son la mayoría de las veces despreciadas por su “ignorancia” y otros aspectos culturales de su “clase”, cuestiones que se mantendrían pese a los altos ingresos. La hipótesis central es que el recelo que provoca en los sectores medios “establecidos” (Elias, 1998) que sectores con menor capital cultural logren mayor solvencia económica, se reconvertiría en desprecio de género⁴.

Pero además de la relación de los “boca de pozo” y sus mujeres con la sociedad comodorense no petrolera, vínculo históricamente cruzado por el conflicto, nos interesan las relaciones intergenéricas. En ese sentido nos interrogamos por la construcción de la identidad femenina

² Luego de la privatización de YPF a comienzos de la década del '90, la categoría petrolero comenzó a designar a los empleados de menor jerarquía de las compañías privadas. Los “boca de bozo” son denominados así por desempeñarse en tareas directamente vinculadas a la perforación, que constituyen aquellas de menor status. Otras categorías laborales del sector productivo en cuestión son: gerentes, ingenieros y demás profesionales, técnicos y administrativos.

³ Mientras que “las gordas” aparecerían asociadas al estereotipo de la mujer madre y ama de casa, desaliñada y descuidada en su aspecto estético; las “petroleras” responderían al imaginario de las “caza-petroleros” (en paralelo a “las botineras” para los jugadores de fútbol) que –por el contrario- cuidarían su apariencia física a través de la vestimenta, los peinados y las cirugías estéticas, y serían fácilmente reconocibles por ello.

⁴ La categoría analítica de reconversión del desprecio de clase en desprecio de género en un contexto de desacople, central en el trabajo de investigación que estamos proponiendo en tanto una de las hipótesis más fuertes, es recuperada de Grimson y Baeza (2011).

en una región donde la figura masculina es hegemónica en el mercado de trabajo, siendo los hombres petroleros los asalariados más numerosos fuera del sector servicios. Entendemos así a las feminidades y masculinidades en términos de identidades relacionales que interactúan en múltiples arreglos institucionales que emergen en contextos históricos y sociales específicos. (Faur, 2004)

Nuestra hipótesis inicial es que el mencionado desacople entre capital económico y capital cultural, en el contexto específico de una ciudad petrolera y patagónica, reorganiza las relaciones de género y de clase; generando desigualdades sociales que son legitimadas en distintos grados según grupos y situaciones de interacción. En ese sentido, antes que un colectivo específico de actores, nos interesa analizar un proceso de reconfiguración de relaciones sociales.

En un sentido análogo al que utilizaba Weber (1996) para referirse a los tipos de dominación legítima, entendemos a las desigualdades sociales legitimadas en consensos sociales aceptados por una sociedad en un momento específico, como parte de una moralidad compartida y un sentido común acerca del orden social vigente.

Con el propósito de distinguir autoidentificaciones y representaciones colectivas en torno a los trabajadores petroleros y sus mujeres, buscamos analizar cómo cada grupo explica su propia posición social y las relaciones de desigualdad en las que se inserta, reconociendo las disputas acerca del sentido de las categorías clasificatorias.

En el terreno de las representaciones, consideramos diversos lenguajes de la diferencia social como ejes articuladores de la investigación: el trabajo petrolero, el género, la clase, el consumo, lo étnico, y también lo moral. Es en este punto que situamos las contribuciones que aquí nos interesan desplegar, en el marco de lo multidimensional y lo heterogéneo que la desigualdad se nos aparece en el objeto de estudio. (Barrionuevo, 2012a)

Se trata de configuraciones de valores legítimas para unos, e ilegítimas para otros, no exentas de contradicciones internas, que se construyen, sostienen, disputan y negocian de modo permanente. Estos repertorios morales hacen al proceso de construcción de la identidad colectiva que nos interesa armar, en tanto categorías que distancian y acercan socialmente. De esta forma nuestro caso puede ser entendido como un caso de construcción de fronteras sociales, donde los criterios morales justifican esas diferencias sociales, y la inclusión/exclusión de un *otro* a un *nosotros*.

Pero la cuestión metodológica no tarda en llegar: ¿Cómo se despliegan esos repertorios morales en la práctica de los actores? ¿Cómo acceder a ellos? Es difícil –aunque puede ocurrir– que surjan en “el decir”, muchas veces “políticamente incorrecto”. Por lo tanto es

necesario atender simultáneamente a las dimensiones del hacer y del pensar. En ese camino van las técnicas de recolección de datos que decidimos emplear en el recientemente iniciado trabajo de campo, de cuyos resultados en esta ponencia ofreceremos algunos ejemplos.

La observación participante nos permite implicarnos en las actividades cotidianas de los grupos, desde la doble condición de miembro y extraño, y captar con una actitud de alerta los aspectos culturales tácitos (Valles, 1998). Por su parte, las entrevistas en profundidad – generalmente entendidas como punto de llegada luego de esas observaciones participantes previas- nos permiten no sólo obtener datos relevantes sobre formas de identificación propias y ajenas e imaginarios sociales en torno a cada grupo, sino también acceder a formas de conocimiento e interacción locales.

Finalmente, nos encontramos realizando un seguimiento de la prensa y otros discursos públicos con el fin de acceder a multiplicidad de representaciones sociales acerca de la desigualdad y sus significados legítimos en circulación. Particularmente nos interesa el registro de comentarios de lectores de los diarios, donde desde el anonimato más desprejuiciado se revelan formas de pensar no asequibles de otros modos.

La carga moral de la clase

Rastreando la historia de los conceptos marginalidad/ exclusión/ desigualdad⁵ hallamos que las discusiones en torno a la temática se instalan en América Latina a partir de la década de 1950, cuando la desocupación y el estancamiento eran generalizados en la región. La idea de marginalidad supone un centro respecto al cual se es marginal. Un primer significado, entonces, aludió a las viviendas, en la época en que proliferaban las “villas-miseria”. Pero luego se llamó “marginales” a las personas de iguales condiciones habitacionales que vivían en el centro de las urbes.

Entonces el problema dejó de ser técnico y pasó a ser social, al implicar valores: de la cuestión de la vivienda se pasó a la atribución de características marginales a sus habitantes. Es en este contexto donde ubicamos el éxito de la “cultura de la pobreza” de Oscar Lewis, uno de los consensos acerca de la desigualdad que perduran hasta nuestros días afirmando a los pobres como seres apáticos y desorganizados, definidos en todos los casos por la carencia. Esta explicación causal se agota en el individuo y excluye toda dimensión estructural.

Decir que la cultura de los pobres es una cultura pobre, implica pensar el mundo de los dominados a partir de las características negativas de un modo de vida profundamente

⁵ En este párrafo y los dos siguientes recuperamos aportes de Barrionuevo, 2012b.

arraigado del que no siempre se escapa saliendo de la situación de pobreza. Lo cual no sólo implica una mirada sociocéntrica (del investigador que mira con los valores del propio estrato social) sino que también conduce a la estigmatización, a responsabilizar al pobre de su pobreza y a postular un estereotipo de “pobre” opuesto (y amenazante) al modelo de modernización.

En Comodoro Rivadavia lo popular corresponde a los trabajadores petroleros. Siguiendo a Bourdieu (1997), es la manifestación de cierto habitus de clase lo que los sectores medios ponen en cuestión más allá de los ingresos económicos. En tanto el habitus designa la forma en que las estructuras sociales se hacen cuerpo y mente de forma duradera, en consonancia con la posición que el agente ocupa en el espacio social, lo que aquellos impugnan es el derecho de los petroleros y sus mujeres a “ganar lo que ganan” y “gastar como gastan”, invadiendo ciertos espacios que no les pertenecen.

Tanto esos hombres de bajo status al interior de las jerarquías petroleras, como las mujeres con las que entablan relaciones, son despreciados. Pero ocurre que las acciones masculinas (y todo aquello que resulta “molesto”) suelen ser en última instancia justificadas señalando a los hombres como víctimas de sus mujeres. Asignándoles, además, a ellas toda una serie de características negativas en relación a ellos.

Prácticas de consumo impugnadas

Una visión sobre las prácticas de consumo de los sectores populares con la que nos interesa discutir, es la legitimista de Bourdieu y su idea de habitus de necesidad. Con esto renuncia a pensar que aquellos pueden darle sentidos simbólicos a su hacer: los gustos populares son básicamente prácticos y baratos. Los subalternos no tendrían, así, capacidad creadora y sólo reproducirían los bienes que se les imponen.

Uno de los problemas de considerar un mercado simbólico unificado es el ejercicio de una dominación sin resquicios y en última instancia, la inexistencia de las culturas populares. Además, no hay nada de autonomía de los actores en este planteo. Muy por el contrario, veremos que los que “molesta” de los trabajadores boca de pozo y sus mujeres es el “exceso” de agencia, considerada inmerecida.

Bourdieu (1999) desarrolla ese concepto de “gusto de necesidad” de la mano con una estética pragmática y funcionalista, habla de un estilo de vida popular caracterizado por “sustitutivos en rebaja”⁶ y sostiene que la necesidad económica y social condena a la gente “sencilla” y

6 “...el estilo de vida de las clases populares se caracteriza por la presencia de sustitutivos en rebaja de muchos de esos bienes espaciales (*se refiere a los consumos de lujo*) –espumosos en lugar de champán, sky en lugar de

“modesta” a gustos “sencillos” y “modestos”. Todo esto suena muy similar a la “cultura de la pobreza” antes mencionada, y es justamente uno de los puntos que le señalan Grignon y Passeron (1989) en su crítica. Si no hay cultura fuera de la legítima, dicen, los sectores populares son equiparados a la noción de naturaleza, y en ella todo es privación.

Lo que no deja de ser acertado es el consenso en torno al reconocimiento de *una* cultura como *la* cultura. Justamente lo que los sectores medios comodorenses objetan a los trabajadores petroleros y sus mujeres es su capacidad de consumir legítimamente bienes que, como veremos en comentarios luego, no son ni prácticos ni baratos, y mucho menos modestos. Antes que sustitutivos en rebaja son productos “de lujo”, como ser las camionetas o los autos de alta gama con los que se los identifica.

Mirta, profesora universitaria de alrededor de 60 años, da testimonio de esto. No es nativa de la ciudad, pero reside en la zona hace más de 20 años y eso parece autorizarla aún más a opinar. Nos cuenta cómo ve con indignación lo frecuente que es que las familias petroleras tengan un “televisor plasma” sin contar con un lugar propio donde vivir. También habla de mujeres “todas encueradas”, y de comportamientos que le resultan incomprensibles como ser que vistan con camperas de cuero también a los niños, y que los padres presten camionetas y autos de alta gama a sus hijos estudiantes para que concurran a actividades de la universidad. Mirta se pregunta “¿cómo van a ostentar de esa forma?”, lo que nos muestra una doble distinción. Pareciera que una cosa es poseer, y otra mostrarlo. Mientras que los sectores populares enseñan orgullosos los bienes que consiguieron tener, grupos sociales de clase media y media-alta sienten pudor de dar a conocer sus adquisiciones o directamente las ocultan, por temor a que en su entorno sea interpretado como “ostentación”.

Pero los “boca de pozo” y sus mujeres no sólo no tienen permitido socialmente consumir de modo legítimo, sino que el trabajo que les permite esos consumos tampoco es reconocido⁷. En nuestro trabajo el consumo es considerado una forma de inclusión y diferenciación, donde lo que incomoda de las mujeres “petroleras” fuertemente estigmatizadas es su presencia pública y el comportamiento en ciertos espacios.

Las “petroleras” salen de sus casas y ocupan espacios que, para los sectores medios, no corresponden con su clase ni con su condición de mujer. Tal es el caso, por ejemplo, del casino. ¿Están creando, estas mujeres, su propio mundo público? ¿O están introduciéndose en

cuero, litografías en lugar de pinturas-, índices de una carencia en segundo grado que se deja imponer la definición de los bienes dignos de ser poseídos.” (Bourdieu, 1999)

⁷ Como sí ocurre con otros grupos marginados y fuertemente estigmatizados que también ocupan la base de la pirámide social. Nos referimos a los migrantes bolivianos, por ejemplo, cuyo característica sobresaliente es considerarlos esforzados trabajadores.

Veamos en un diálogo que se da entre lectores (identificados como petroleros y no petroleros) del Diario Patagónico en los comentarios a una noticia titulada “La Canasta Básica Total llega a \$8000 en Comodoro, un 14% más que en Trelew”⁸, algunas de las cuestiones que venimos señalando condensadas en múltiples recelos:

Claudio dice: Petroboy!!! quédate en el Petrolío!!! aprende a escribir negro cabeza, es por ustedes que tenemos estos precios en Comodoro, y es una lastima que no todos podamos vivir dignamente. Aparte toda la plata y seguro sos el cornudo mas grande de la ciudad! Alce llorón, cabeza de termo en Toyota Okm, infeliz!

En otro lado señalamos que el goce diferencial de capital cultural y status aparece fuertemente cuestionado en las prácticas de consumo, que esas marcaciones se llevan inscriptas en el cuerpo, como estigmas, y que aparecen bajo criterios tanto explícitos como implícitos y no por eso menos eficientes: el acento al hablar, la manera de escribir y el estilo de vida. (Barrionuevo, 2012)

⁸ “La Canasta Básica Total llega a \$8000 en Comodoro, un 14% más que en Trelew”, Diario Patagónico, 30 de abril de 2012.

que –por ejemplo- otorgan un lugar positivo al ahorro en detrimento del “derroche”, y al “pensar a futuro” en vez de “vivir el presente”. Cobra fuerte presencia, en este tipo de argumentos, una moral puritana que nos recuerda a la ética protestante weberiana y su influencia en el desarrollo del capitalismo y su racionalidad específica.

La “marcación” del otro lo vuelve reconocible, incluso cuando ocupa lugares que no le “corresponden”, y lo ubica en determinados lugares de las categorías de desigualdad, legitimándolas.⁹ De acuerdo a los imaginarios locales, las “petroleras” serían fácilmente identificadas por sus formas de vestirse, maquillarse y peinarse, y por lucir cirugías estéticas. Mientras se cree que sus familias transitan los supermercados con los “changuitos” llenos, las prácticas de consumo de los hombres son tipificadas en alcohol, drogas, prostitutas y “televisores plasma de 52 pulgadas”¹⁰. Otra frase común alude a un endeudamiento generalizado: “Si ganan 20 (mil pesos), gastan 25”.

Si bien Comodoro Rivadavia es una ciudad segmentada geográficamente, no se presenta segmentada espacialmente. Por lo que no habría “espacios exclusivos” a los que los trabajadores petroleros y sus mujeres no puedan acceder con su nivel de ingresos, lo que derivaría en el sentimiento de “intrusión” de los sectores medios que, por otro lado, no lograron constituirse como elite dominante.

Veamos lo intolerable de la proximidad física de personas socialmente distantes (Bourdieu, 2002) en los comentarios a la noticia “Petroleros podrían ir al paro por falta de acuerdo salarial”, publicada en el Diario Patagónico el 4 de octubre pasado:

Mariano Pardo dice: aumento? paren de robar chantas! se rascan el m... a dos manos y quieren que les paguen mas???? jajajja (...) de p... saben leer y escribir y quieren que les paguen mas guita.. por favor... comprese un cerebro en vez de una 4x4 mamertos

mari dice: vamos al paroo!!! ya me canse de las grutas o mardel kiero irme a punta ...

TIRAPLATA dice: VAMOS AL PARO, QUE NOS DEN UN BUEN AUMENTO!!! ASI SALIMOS A TIRAR LA GUITA EN LA JETA DE LOS QUE NO SON PETROLEROS Y SE REVUELCAN DE LA ENVIDIA!!! QUE SE MUEREN POR COBRAR 30 LUCAS

⁹ En Pizarro (2012) encontramos referencias al carácter performativo de las marcaciones.

¹⁰ Las grandes cadenas de electrodomésticos y supermercados tienen en Comodoro sucursales ubicadas entre las de mayor nivel de ventas del país. (Cfr. “Cada sucursal de supermercado recauda \$6 millones al mes en Chubut”, Diario Patagónico, 23 de septiembre de 2012).

COMO NOSOTROS!!!!!! “MARIANO PARDO” YO HAGO CON MI PLATA LO QUE SE ME CANTA, VOS SEGURAMENTE CON TU PLATA SOLO SOBREVIVÍS...

Manuel dice: para mari y tira plata, piensan ir a punta? ahí no permiten grasas y gronchos, por favor usen el espejo, verán que no son wanda o j. deep, son lo que son negritos con mal aliento, chatos, borrachos de vino los quinteros (nunca los vi comprar un rutini o un catena) (...) No tienen doble apellido y no son socios del jockey, son cabecitas negras, no son gente como uno. Son grasaaaaaaaas espero no encontrarlos en Marbella, seria un quemo decir que son del mismo lugar que vivo

Desprecio de género

Sayer (2005) se interesa por las preocupaciones morales, en tanto juicios evaluativos, que la gente tiene respecto a su posición de clase en función de la respetabilidad. Las desigualdades de clase impiden la igualdad de acceso a prácticas y bienes reconocidos. Coincidentemente con las visiones legitimistas de las culturas populares a las que nos referimos anteriormente, este autor también piensa en sectores populares definidos por sus carencias en relación los medios materiales de vida.

Ya vimos que en el caso de Comodoro Rivadavia este modelo más “clásico” de entender la pobreza se subvierte. No obstante, lo que nos interesa recuperar de Sayer es el recorrido que hace –desde los estudios de las moralidades- para llegar a la idea de desprecio, central para los objetivos de nuestra investigación.

Las implicancias de clase se entienden mejor por las respuestas normativas a ella, es decir, cómo las personas se valoran a sí mismas, a otros y al entorno que las rodea en términos morales. Así, hay ciertos consensos sociales sobre formas buenas/ malas y justas/ injustas de actuar y pensar. Y, como ya señalamos en un comienzo, los grupos sociales se distinguen entre sí en términos de diferenciación moral.

De esa forma se atribuyen virtudes que otros carecen, para posicionarse frente a los “de arriba” y evitar caer en grupos “de abajo”. Vimos como una distinción fundante y fundamental en la sociedad comodorenses, como lo es petroleros/ no petroleros, opera de este modo. Un lector decía: “(ellos) no son gente como uno”, y esto se vincula con lo que nos recuerda Sayer. Valoramos las maneras en qué vivimos y lo que hacemos de forma relacional, ya que no pueden hacerse apreciaciones en términos morales si no hay otros en quienes pensar.

El reconocimiento simbólico aparece así ligado al valor moral propio en tanto persona. Una de las características más importantes de las desigualdades de clase, nos dice el autor, es que presentan a las personas con bases desiguales para el respeto: unas son objeto de desdén, y otras de reconocimiento.

Nuestra principal hipótesis, el fenómeno de la reconversión del desprecio de clase en desprecio de género que afecta a las mujeres de los trabajadores petroleros de menor jerarquía, deberá ser explicada teóricamente, complejizando la consideración de ese pasaje y sus efectos. Nos encontramos en vías a ello, y consideramos que los argumentos morales en circulación social pueden constituir un buen camino.

Las mujeres no son sólo estigmatizadas por su comportamiento en espacios de consumo y recreación, además “incomoda” su supuesto rol de “caza-petroleros”. De esa forma, los hombres aparecen como víctimas de mujeres derrochadoras que buscan ser “mantenidas” junto a hijos de uniones previas (esta es una “acusación” reiterada). En este marco cobra valor el imaginario en torno a lo sacrificado del trabajo petrolero: sus esposas les gastan el sueldo mientras ellos pasan horas en la hostil meseta patagónica. Además, se las acusa de infieles, mientras en este aspecto las acciones masculinas son justificadas y hasta motivadas por mujeres que no “se cuidan” (estéticamente) ni se ocupan de sus obligaciones domésticas.

Hay representaciones que cobran mucha fuerza, como la de malas amas de casa y madres. En nuestro trabajo de campo oímos varias veces ya, relatos de cómo estas mujeres “no son capaces” de prepararle las viandas al marido para que lleve al trabajo, y cómo sus hijos crecen mal alimentados porque no le cocinan más que “panchos” o “patitas de pollo congeladas”. Ellas no estarían cumpliendo con sus mandatos establecidos, vistos como “naturales”. La condena moral hacia la supuesta desatención de los hijos sobre todo, es muy fuerte.

La crítica a los hombres petroleros es así encubierta, quizá porque no se los puede despreciar abiertamente debido a que son quienes sostienen la actividad económica en la ciudad.¹¹ La contradicción en este punto es que muchos integrantes de los sectores medios comodorenses son comerciantes o rentistas que sacan provecho de los elevados ingresos económicos de aquellos a quienes estigmatizan. En este punto, un interrogante a ser develado (o en todo caso,

¹¹ En un comentario a una noticia sobre el proyecto de construcción de un complejo habitacional para empleados petroleros jerárquicos por parte del sindicato que los representa, Gustavo dice: “...Cuántos de ustedes tienen o trabajan un negocio donde el petrocca compra? Cuántos andan en un Astra 2008 porque el petrocca lo revolvió para comprarse una Journey? Cuántos de ustedes construyen o alquilan casas a jerárquicos? Cuántos juegan al pirata con la tuneada esposa del petrocca mientras el perejil de cag... de frío 16 horas por día? Cuántos Sirven el trago, reparten la baraja o hacen girar la ruleta alimentada por petrodólares? A-GRA-DE-CI-DOS deberían estar de tener la gallina de los huevos de oro!!!” (“Tierras para Petroleros Jerárquicos, Diario Patagónico, 5 de septiembre de 2012)

confirmado) en el transcurso de la investigación es si quienes desprecian a esas mujeres son – además de aquellos sectores – sus propias parejas.

Los hombres petroleros y sus mujeres parecen estar permanentemente fuera de lugar: no se les asigna capacidad de sujeto moral ni racional, y todas sus prácticas –“hagan lo que hagan”– son impugnadas de modo recurrentes. Los sectores medios los burlan en los comentarios, los trabajadores jerárquicos los desprecian al interior de los yacimientos, sus consumos son considerados ilegítimos, el mote de “nuevo rico” les recuerda su origen estigmatizado, a las mujeres suele molestarles la presencia masculina “desestructurante” de cierta rutina familiar (ya organizada y en cuyo armado él no participó) cuando vuelve del campo al hogar, y sobre las mujeres caen una serie de representaciones que líneas más arriba enumeramos. Son sujetos ubicados en una incomodidad permanente.

Desde la introducción a un análisis de las formas que las luchas de clase adquirirían en el seno de la sociedad estadounidense a comienzos de la década de 1970, Sennett y Cobb (1993) atienden a lo que denominan ese “estado de incongruencia”. La movilidad social ascendente provoca descontento en la persona porque la coloca entre dos mundos (uno de los cuales le es ajeno) y le hace sentir que algo está mal. Entonces considera que no es el tipo de persona que merece ser respetada, aunque haya obtenido un trabajo y una vida “respetables” socialmente. La regla emergente sostiene que los sujetos son merecedores de respeto por la propia posición social, de la que son responsables. Los autores explican esto a partir del tipo de recompensas obtenidas en el trabajo. Mientras que en las profesiones de mayor status aquellas redundan en el crecimiento personal y profesional (pero siempre individual), los sectores populares aspiran a recompensas colectivas (generalmente monetarias) abiertas a todos los que desempeñan un determinado oficio. Los obreros se agrupan por categorías laborales, rara vez sobresalen individualmente.

El pozo de petróleo, el lugar donde nace la violencia

Sostenemos que el desprecio empieza en el pozo de perforación, en el seno de una industria violenta desde sus relaciones laborales. Nacho tiene 24 años, un bebé de 1, trabaja hace cuatro como “boca de pozo” en una contratista multinacional en Cerro Dragón, gana \$20.000 por mes, y dice estar muy cansado porque el ritmo de trabajo “lo mata”. Tiene un régimen laboral de “12 por 24” (quiere decir, 12 horas de trabajo y 24 de descanso). Aparte de las 12 horas, hay que considerar el tiempo de viaje: demora entre dos y tres horas en llegar al yacimiento. El franco es rotativo, y de un día y medio. Un día trabaja de día, y un día de noche.

El tiempo de descanso no le alcanza para reponerse: “el franco es muy corto y no me rinde para nada”. Ni las vacaciones de catorce días le alcanzan, por eso está esperando cumplir cinco años en la empresa y tener veintidós días de licencia. No descarta dejar este trabajo si “termina de explotar en algún momento”. Lo importante, dice, sería poder construir su casa, y después en todo caso buscará otra cosa.

Nacho cuenta que está las 12 horas de trabajo afuera, en plena meseta patagónica, y que el otro día cuando quiso sacarse la capucha de la campera se le habían congelado los pelos. Construye su discurso por oposición a los que ocupan puestos de supervisión y –por lo tanto– están “más cómodos”. El hecho de que no estén las 12 horas a la intemperie marca esa diferencia. Dice que el encargado de turno está en una casilla con DirecTV y casi no sale de ahí. Para él, quienes trabajan así “se rascan las bolas”.

Dice que le gustaría ganar menos pero trabajar más tranquilo y cómodo, adentro de un tráiler o de un taller. Cuenta que, con el tiempo, el boca de pozo llega a ser jefe de equipo: este ascenso puede ocurrir en diez años con suerte, “cag... viejos”, sino en más. Y agrega: “Los viejos allá son forros: si no hay trabajo, lo buscan”. Los operarios no pueden estar sin hacer nada, si la producción se detiene los ponen a limpiar el equipo.

Pero la producción no para casi nunca. Un posible motivo es que haya más de 60km/hr de viento. Antes ellos, los trabajadores, iban con un anemómetro¹² y se paraban en la boca del pozo esperando que “marque mucho”. Actualmente, la operadora colocó una computadora que marca con precisión ese y otros datos del pozo, así que están muy controlados por lo que “no les queda otra” que trabajar.

Nacho relata también que todo se mide por tiempos, porque cada maniobra está cronometrada. En la computadora el encargado de turno tiene los tiempos fijados. Al interior de su grupo de trabajo se llevan bien, y se organizan para relevarse. Esto es algo que ellos hacen porque quieren, todos hacen todo y se van rotando “para no cag... de angustia ahí, con el frío”.

Hace poco La Nación titulaba “Comodoro, capital del crimen”, en tanto los debates sobre el crecimiento de las más diversas manifestaciones de la violencia en la ciudad están a la orden del día. La historia de Nacho, como la de muchas otras, nos habla de un régimen de trabajo donde creemos que se asienta parte de ese fenómeno: estar “al borde de explotar” con 24 años, sin tiempos de descanso y ocio adecuados, sin la posibilidad de compartir los tiempos y espacios de la vida familiar, y trabajando en condiciones insalubres bajo fuertes presiones, controles y jerarquías no es sano individual ni socialmente.

¹² Instrumento meteorológico utilizado para medir la velocidad del viento.

En este artículo mostramos parte de nuestra experiencia de trabajo reciente con un objeto que da cuenta de lo multidimensional de las desigualdades sociales, y se interesa por sus formas de legitimación. Particularmente, destacamos los argumentos morales como forma productiva de abordaje de las representaciones de la diferencia social vinculadas a la clase; tanto en las prácticas de consumo como en el desprecio de género. Consideramos a los trabajadores petroleros y las mujeres con quienes se relacionan en un estado “fuera de lugar” permanente. Profundizamos en nuestra principal hipótesis de la reconversión del desprecio de clase en desprecio de género, buscando posibles orígenes en una reflexión en torno a lo violento de las relaciones laborales al interior de la industria hidrocarburífera.

Bibliografía

- Baeza, Brígida y Grimson, Alejandro. 2011. “Desajustes entre nivel de renda e hierarquias simbólicas em Comodoro Rivadavia. Sobre as legitimidades da desigualdade social”, en: *Revista Mana: Estudos de Antropologia Social*. PPGAS-Museu Nacional.
- Barrionuevo, Natalia. 2012a. “Lo multidimensional en el abordaje de la legitimación de las desigualdades de género. El caso de las mujeres de trabajadores petroleros en Comodoro Rivadavia”. II Jornadas de Investigadores en Formación, IDES.
- Barrionuevo, 2012b. “¿Cómo se construyen los consensos acerca de la desigualdad y cómo abordarlos desde el punto de vista de los agentes?”. Trabajo final del seminario “Teorías y controversias sociológicas contemporáneas” del Doctorado en Sociología, IDAES-UNSAM. Inédito.
- Bourdieu, Pierre. 1997. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. 1999. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre. 2002. “Efectos de lugar”, en *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- Elias, Norbert. 1998. “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”, en: *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá, Norma.
- Faur, Eleonor. 2004. *Masculinidades y desarrollo social. Las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*. Santafé de Bogotá, Arango Editores, UNICEF.
- Grignon, Claude y Passeron, Jean. 1989. *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en la sociología y en la literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión.

- Pizarro, Cynthia. Conferencia “La bolivianidad en disputa. Marcaciones de etnicidad en contextos migratorios”. IESyPPat, FHCS. 1º de junio de 2012.
- Reygadas, Luis. 2004. “Las redes de la desigualdad: un enfoque multidimensional”, en *Política y Cultura* nº 22.
- Sayer, Andrew. 2005. “Class, moral worth and recognition”, en *Sociology*, volumen 39, Sage Publications.
- Sennett, Richard y Cobb, Jonathan. 1993. *The hidden injuries of class*. New York, W.W. Norton & Company, Inc.
- Valles, Miguel. 1998. *Técnicas cualitativas de investigación social y reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid, Síntesis.
- Weber, Max. 1996. *Economía y sociedad*. México, FCE.